

MINISTROS, CAMBIOS Y REVOLUCIONES

ANTONIO MULLOR

UN régimen autoritario, ¿puede evolucionar sin derrumbarse? Los cambios, ¿acercan o alejan las revoluciones? Optar por la reacción y la violencia, ¿garantiza su continuidad indefinida?

Es ya clásico el recurrir a la historia para contestar a tan políticas preguntas. La cuestión inmediata, "¿es posible una historia objetiva?", la dejaremos pendiente en esta ocasión, centrándonos exclusivamente en las dos grandes convulsiones populares europeas, la revolución francesa y la revolución rusa, así como en las dos figuras sobre las que han caído los juicios más dispares: Necker y Vitte.

Ambos, ministros de Hacienda, de Finanzas, que llegaron a dirigir el Gobierno en pleno, de ellos se ha dicho, por una parte, que provocaron la revolución con su funesta manía de cambios y su supuesto desapego al poder real, mientras que también se les ha defendido como los más fieles servidores de ambas coronas, los únicos que podrían haber impedido el hundimiento de sus respectivas monarquías, haciéndolas evolucionar en el sentido que los tiempos requerían, y en contra de las "catástrofes" revolucionarias.

La cuestión en sí no puede ser más interesante. La adhesión a la corona y al zarismo de ambos "reformadores" no puede negarse con ninguna prueba fehaciente. Sólo con opiniones político-históricas o suposiciones. Así lo hace, entre otros, el abate Lavaquery, cuando en su virulenta obra sobre Necker le tacha de plebeyo, extranjero, republicano, protestante, encargado de la liquidación de la antigua monarquía muy cristiana. Para Serguei Yúlievitch Vitte, su origen noble le ha librado por lo menos de los calificativos de "plebeyo". El origen social de ambos estadistas, ya fuera la nobleza para Vitte o las grandes finanzas y la banca para Necker, no fue nunca una traba en su vida política, algo que debían hacer olvidar, sino todo lo contrario. Coherente con ello fue, por ejemplo, el final de la vida política de Vitte, refugiado en el Consejo del Imperio, votando por el partido más reaccionario de esa insti-

tución ultranza, para intentar así volver al favor del zar.

Antes de proseguir, aclaremos que las situaciones son específicas, no comparables una a otra en todo ni por todo, no transportables. Si alguna vez parece que identificamos rasgos, sólo será en tanto nos interesan las respuestas que de ambas situaciones podamos obtener a las preguntas formuladas inicialmente.

Las dos trayectorias políticas representan políticas hacia arriba y desde arriba, sin dudar nunca que toda iniciativa en última instancia tenía que ser aprobada o denegada por el núcleo del poder: Luis XVI o Nicolás II. Tanto el desarrollo casi planificado de Vitte, como los procedimientos electorales de Necker o el aperturismo del 30 de octubre de 1905, son o bien iniciativas que provienen directamente de arriba o bien pactos que no ponen en cuestión una de las partes del poder, sino todo lo más la forma en que este poder será ejercido.

Sus exposiciones políticas, sus informes y memorias, son hacia el régimen (el rey o el zar), del que les proviene la autoridad. Tanto Necker como Vitte se "ahogan" políticamente cuando el centro de poder ya no es la autocracia, y flotan "al paio", mientras esos monarcas optan por soluciones diferentes de las que ellos representan. Finalizando su identificación, no se enfrentan nunca al poder real como lo hará el movimiento popular, poniendo en causa no sólo su forma, sino su misma existencia (**¡No se puede reinar inocentemente!**, exclamará Saint Just en la tribuna de la Convención). Los reformadores, con patriotismo (para ellos verdadero, pues es patriotismo hacia el sistema), preconizan un **cambio evolutivo** que traslade y conserve las mismas relaciones sociales a marcos políticos en los que las concesiones sirvan para consolidar lo que en aquel momento se hundía.

El aislamiento que habían alcanzado los dos regímenes con respecto al resto del país había llegado a ser casi absoluto, simbolizado en numerosas ocasiones por los largos

años de reclusión voluntaria en sus respectivos palacios, con escasas apariciones públicas y siempre (y especialmente en el caso de Nicolás II) entre un gran dispositivo de seguridad.

La clase que había engarzado tradicionalmente la monarquía (o el zarismo) con el resto del pueblo, la aristocracia, estaba en franca decadencia, aunque con características peculiares en uno y otro caso.

En Francia, el clero, si bien mantenía clarísimos privilegios fiscales, existencia política propia, la décima parte de las tierras, etcétera, se había convertido en una profesión más que en una clase (según palabras de Sieyès). Así, el alto clero, los obispos, eran nobles; el clero llano, la casi totalidad de los curas, párrocos y la mayoría de los frailes, eran plebeyos e hicieron causa común con el Tercer Estado. La aristocracia se caracterizaba cada vez más por el nacimiento, y ya ni por eso. Aunque sus privilegios eran grandes (poseía la quinta parte de Francia y la mayoría de los señoríos y derechos feudales), no poseía ya una exclusiva de los privilegios, se veía engrosada por la nueva nobleza ligada a los cargos que el monarca vendía y, sobre todo, tenía un problema irresoluble: retrasar o impedir su ruina económica.

La nobleza rusa, si no podía obtener un cargo "provechoso" en la corte, permanecía ligada a la tierra. Tras la emancipación de los siervos (en 1861), la nobleza ejercía el poder local a través de los zemstvos, otorgado por Alejandro III en 1892. Más que estadísticas, las palabras de Tolstói nos reflejan su situación y estado de ánimo: "En el funcionamiento del Zemstvo, yo, como aristócrata y propietario, no veo nada que pueda contribuir a mi bienestar. Los caminos no son mejores, ni piensan remotamente en mejorarlos, y, además, mis caballos me llevan muy bien por los caminos tal como están... No necesito escuelas, y te repito que, si acaso, me perjudicaría que las hubiese. El Zemstvo no significa para mí más que un impuesto de 18 copecks por hectárea"... "... no hay ni puede haber nada que hacer en serio dentro de nuestra actual organización provincial. Para unos es una imitación divertida del sistema parlamentario, y yo no soy lo bastante joven ni lo bastante viejo para divertirme con esa farsa, y para otros... es un medio para facilitar a un grupo de amigos que embolsen algún dinero sin trabajar"... "no me aflige ver a los campesinos ir adquiriendo nuestras tierras. Si el propietario no trabaja, encuentro lógico y justo que la tierra vaya a parar a manos de quien la cultiva". (Palabras de Levin, personaje de "Ana Karenina", escrita por Tolstói en 1877.)

Una necesidad clara, imperiosa, tanto para Necker como para Vitte, era engrosar la

base social y política de la autocracia. Las formas de elección, primero en las asambleas provinciales, y después para los Estados Generales, fueron la clave en Francia. Necker, concediendo la "duplicación" (tantos diputados para el Tercer Estado como para el clero y la nobleza juntos) y el voto por cabeza, intentaba claramente dejar al rey como árbitro de fuerzas dispares que se contrarrestarían, reforzando mediante ese equilibrio el poder de la Corona.

Los acontecimientos de la política del zarismo nos ofrecen un interés especial. En su manifiesto del 30 de octubre de 1905 el zar ordenaba a sus ministros asegurar la ejecución de su "voluntad inflexible": 1.º de asegurar la inviolabilidad de las personas, las libertades de conciencia, de palabra, de reunión y de asociación; de respetar la libertad de las elecciones a la Duma imperial, y extender el derecho de sufragio a todas las clases; 2.º establecer la regla inquebrantable de que ninguna ley sería válida sin el voto de la Duma, y de que ésta podría controlar la legalidad de los actos administrativos. Sobre el papel, el fin de una autocracia y el principio de un régimen constitucional. En la política real, clavo ardiendo al que se agarró un régimen al que hundían la huelga general, especialmente en Petersburgo y Moscú, la unidad de toda la oposición, incluidos sectores tradicionalmente "fieles" (el más conservador de los periódicos, "Novóie Vrémia", escribía: "Todas las medidas preventivas han sido ineficaces, las represalias solas son impotentes. Hacen falta nuevas medidas y nuevos principios"), además de su crisis económica y su derrota ante el Japón.

Esa unión de la oposición la había fomentado en buena medida la misma intransigencia del zarismo. En los primeros años del siglo había surgido, además de los grupos socialrevolucionarios y socialdemócratas, una oposición liberal de la que formaban parte terratenientes medios, especialistas técnicos y miembros de las profesiones liberales. La inflexible política del gobierno con respecto a cualquier iniciativa pública de grupo les obligó físicamente a entrar en la oposición. Se organizó una campaña de banquetes en 1904, utilizados como manifestación contra el régimen. Como ejemplo, sirva el celebrado en un hotel de Petersburgo, con asistencia de 676 miembros de profesiones intelectuales, en el que se resolvía que "bajo el régimen autocrático-burocrático que gobierna el país no pueden existir las más elementales condiciones que permitan una comunidad civil adecuada", reclamando una Asamblea Constituyente y los derechos inalienables del individuo. La rama liberal de la nobleza, y los zemstvos, se habían unido en la oposición. "Ya no había conservadores en Rusia en la víspera del 30 de octubre", recuerda después Vitte.

La carta del 30 de octubre volvió a dar al gobierno su fuerza de acción, dividiendo al adversario, separando los liberales burgueses de los demócratas populares. Los moderados de la oposición liberal, que incluso se agruparon bajo el nombre de Unión del 30 de Octubre, dieron su apoyo a Vitte. Los radicales, que acababan de formar el partido constitucional-demócrata, acogieron el manifiesto con entusiasmo, aunque posteriormente titubearan. El congreso de los zemstvos, celebrado del 19 al 24 de noviembre, decidió sostener al nuevo presidente. Todos estos sectores se separaron del embarazoso Soviet, que al Manifiesto de Octubre replicaba exigiendo la retirada de tropas y policías de la ciudad (Petersburgo), garantía de una amnistía política, suspensión de la Ley Marcial, Asamblea Constituyente, jornada de ocho horas.

Estos sectores que apoyaron a Vitte, le acusaron después vivamente de traición a sus promesas y de recurrir a la represión. Cierto es que al presentarle al zar la necesidad de las concesiones, Vitte presentó también otra alternativa, la dictadura militar, aunque con la observación de que era materialmente imposible, sobre todo por falta de tropas.

Pero el hecho más importante que la mayor parte de los liberales no parecieron comprender, es que desde el momento en que no se quería acabar con el régimen se debían aceptar sus consecuencias. Para que los cambios evolutivos tuvieran lugar, para efectuar la concesión de libertades y derechos, Vitte debía ante todo restaurar la autoridad del gobierno, asegurar el orden material. La reorganización liberal, que atrajo de tal manera a los constitucionalistas (nada dispuestos a "hacerles el juego a los revolucionarios"), exigía la subsistencia del sistema. Si la alianza expresa era con y por los cambios, la alianza real fue con la represión que el sistema necesitó emplear para subsistir. Y en política no podía haber engaños.

Las vacilaciones de Luis XVI no se encuentran en Nicolás II. Desde su subida al poder fue un partidario decidido de la violencia. Ya se tratara de huelguistas o de tribus rebeldes, manifestantes, anarquistas, revolucionarios, judíos, la respuesta del zar era siempre la misma: la violencia. Si la utilización del ejército contra las huelgas se redujo a 19 casos en 1893, en 1899 fueron 50 ocasiones, 33 en 1900, 271 en 1901 y 522 en 1902.

Vitte, ministro durante esos años, había sido el hombre del desarrollo, y se presentaba como el hombre de los cambios. Afirmaba, en su informe "Samoderzhavie i Zemstvo": "El desarrollo de fuerzas sociales, abundan-

tes y de tendencias diferentes, no sólo no contradice el principio de la monarquía absoluta, sino que, por el contrario, le da vitalidad y firmeza. Fomentando el desarrollo de la actividad pública, escuchando, por así decirlo, el pulso público, el gobierno no se ata por ello a la sociedad, sino que permanece como fuerza de razón y de autoridad consistente, con clara visión de sus propios objetivos, siempre consciente de los medios para alcanzarlos, y sabe hacia dónde se dirige y a dónde va".

Esas tesis no le impedían oponerse firmemente a la entrada de representantes elegidos por instituciones públicas en el Consejo de Estado, organismo controlado por el zar, compuesto por unos 60 miembros elegidos entre los ministros (antiguos y actuales), los miembros de la familia imperial y los funcionarios prominentes. El Consejo tenía una función consultiva en materias legislativas, y el título de sus miembros era la lealtad.

Ser partidario de una Constitución lo más amplia posible no le impidió tampoco, lógicamente, dirigir resueltamente la represión del Soviet de Petersburgo y de la insurrección de Moscú. El elaborar el reglamento para asegurar la proclamada libertad de prensa no discordaba, en la política de Vitte, con la supresión de 64 periódicos, y la detención de 61 de sus directores, entre ellos personalidades tan considerables como Hessen y Miliukov. Los que optaron por la evolución propuesta no tenían que mostrarse extrañados, y de hecho, sus protestas fueron tibias.

Dentro de la lógica estaba también el que, cumplida con éxito la fase política de Vitte, la consolidación del sistema la prosiguiera un hombre distinto, Stolypin. Este partía de una base diferente de la de Vitte en septiembre-octubre. Los adversarios políticos del zarismo habían sido localizados, restringidos a los revolucionarios, al pueblo. La oposición en las clases media y alta había sido neutralizada, absorbida. Vitte, en medio del levantamiento de Moscú, el 11 de diciembre de 1905, promulgó una nueva ley electoral. Pese a su carácter "moderado", fue corregida por Stolypin en junio de 1907, haciendo pasar los propietarios nobles del 34 por 100 al 51 por 100. Contaban los sucesores de Vitte, Gorémykin, y sobre todo, Stolypin, con la tranquilidad económica que proporcionaba el empréstito que Vitte había gestionado de un consorcio de Bancos de Francia, Holanda, Austria y Rusia, de 2.250.000 millones de francos, el mayor préstamo extranjero hasta entonces contratado. También habían regresado las tropas del Lejano Oriente.

Además de las sucesivas disoluciones de la Duma, Stolypin pudo realizar con tranquilidad "ciertos cambios": suprimió 260 periódicos

dicos, procesó a 207 directores en seis meses, cerró imprentas, prohibió todas las reuniones en todo el imperio, hizo en tres días 400 registros domiciliarios en Petersburgo, deportó, revocó una multitud de agentes de los zemstvos, médicos, institutores, agrónomos, sospechosos de "opiniones personales". Instituyó Cortes marciales, con capacidad para ejecutar sentencias a las cuarenta y ocho horas, y en los ocho meses de su existencia, éstas ejecutaron a 1.144 personas, pronunciaron 369 condenas a trabajos forzados, 461 a prisión. En los campos, las expediciones represivas se comportaban como en un país enemigo; el horror llevó a algunos oficiales al suicidio. En la Letonia pacificada, se hicieron listas de proscripción, 1.650 personas sufrieron la pena capital.

A lo largo del mes de junio de 1907, solamente en Petersburgo, fueron arrestadas 1.100 personas, había 5.500 detenidos en las cárceles de la capital, 2.000 deportados marcharon hacia Siberia. De enero de 1905 a junio de 1907 se evalúa en 2.000 el número de ejecuciones capitales y en 15.000 el de los condenados a prisión o trabajos forzados por motivos políticos. Globalmente, hasta mayo de 1906, se estima en 14.000 el número de personas muertas, y 20.000 heridos, en los dos campos, con 70.000 arrestados, encarcelados y deportados.

El mantenimiento de la autocracia, tanto para Vitte como para Necker, al exigir el ejercicio de la represión, suponía la pérdida de todo el prestigio y la popularidad que habían alcanzado como símbolos de algo diferente. En el caso de Vitte, no sólo él, que pertenecía a la tripulación, sino los que, más o menos subrepticamente, entraron en el renqueante barco, aunque llevaran instrumentos de reforma, acabaron por hundirse en las convulsiones de febrero del 17.

En el caso de Necker, si su dimisión en mayo de 1781 de su puesto de director general de Finanzas, había precipitado la crisis de la monarquía, su destitución el 11 de julio de 1789, una insurrección popular, y el día 14, la toma de la Bastilla. Pero aunque el busto de Necker fuera paseado por las calles, eran ya agitadores como Camille Desmoulins los que eran escuchados. Estaba ya constituida la Asamblea Nacional, y tras el regreso de Necker a Francia (el rey, al destituirle, le había expulsado, y él, obedientemente, había obedecido), el gran financiero, de nuevo encargado de las finanzas, y alineado en el campo monárquico, tendrá enfrente a hombres como Marat. Se esfuerza Necker en conseguir la libertad del suizo Besenval, comandante en jefe de las tropas que el rey intentó utilizar contra la *Asamblea Nacional* y en conseguir créditos del extranjero para la economía francesa. Su

éxito en el primer punto y su fracaso en el segundo confluyen para hacerle inútil, e incluso peligroso, para quien entonces detentaba el poder: la Asamblea Nacional. Su detenido, Marat, ya liberado, le dedica sucesivamente la "Denonciation faite au Tribunal du Public, par M. Marat, contre M. Necker", la "Criminelle Neckero-logie, ou les manoeuvres infames du ministre Necker", diciéndole: "Necker, tiembla a la vista de tus culpas, el pueblo por fin conoce tus odiosas maniobras, está presto a arrancarte con ignominia los mismos laureles con los que te había decorado en su ciego entusiasmo".

Ahora bien, y ya concluyendo, no hemos querido decir a lo largo de estas líneas que no se intentaran cambios bajo las dos monarquías, que no se buscaron soluciones a una situación de crisis demasiado estudiada ya para intentar describirla ahora. Pero estos cambios, cuando en verdad respondían a las necesidades de la crisis del antiguo régimen, escapaban al control de la monarquía y eran abortados. Así, las asambleas provinciales, las nuevas normas para la elección de los Estados Generales, requirieron la agitación popular en Rennes, en Toulouse, en Dijon, en la zona industrial de Grenoble.

Así, representaba un cambio el intento de absorber las reivindicaciones obreras, dirigido desde 1901 por el coronel Zubátov, jefe de la policía de seguridad de Moscú. La concepción de los sindicatos que así se crearon la había expuesto en 1898 Trépov, jefe del departamento de policía: "Si las menores necesidades y peticiones de los obreros son explotadas por los revolucionarios con fines profundamente antigubernamentales, ¿por qué no va el gobierno a arrebatarse a los revolucionarios este arma que tan buenos resultados les proporciona... y asegurar el cumplimiento de la tarea?... La policía tiene que estar interesada en las mismas cosas que los revolucionarios". Con autorización del Ministerio del Interior, el padre Gueorguei Gapón formó la "Sociedad rusa de obreros de fábricas y empresas", para encauzar las reclamaciones de los trabajadores hacia la reforma económica y alejarlas del descontento político. La viabilidad de ese cambio evolutivo, mínimo y controlado, quedó patente el domingo 9 de enero de 1905, cuando los 200.000 manifestantes que pacíficamente seguían a Gaspón fueron atacados por las tropas, que causaron más de mil muertos y heridos.

Sin embargo, y ahí radicó el error de los que jugaron la carta de las promesas y las transformaciones, incluso el período de reacción y violencia, inevitable con esos regímenes, fue ineficaz para consolidar una estructura estatal extemporánea, y alejar la inevitable ruptura, que se hizo más radical. ■ A. M.